

JUAN EUGENIO
HARTZENBUSCH

1806 / 2006

EDICIÓN DE
MONTSERRAT AMORES

*Montserrat Amores, David T. Gies,
Francisco Lafarga, Julián Martín Abad,
Ricardo Navas Ruiz, Francisco Rico
y Germán Vega García-Luengos*

SOCIEDAD ESTATAL
DE CONMEMORACIONES CULTURALES

CENTRO PARA LA EDICIÓN
DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES

Madrid

·MMVIII·

TABLA

PRESENTACIÓN	
<i>Montserrat Amores</i>	7
TEATRO	
<i>David T. Gies</i>	II
POESÍA	
<i>Ricardo Navas Ruiz</i>	35
NARRACIONES BREVES	
<i>Montserrat Amores</i>	61
TRADUCCIONES	
<i>Francisco Lafarga</i>	91
LA RESTAURACIÓN DEL TEATRO CLÁSICO	
<i>Germán Vega García-Luengos</i>	123
LOS «QUIJOTES» DE HARTZENBUSCH	
<i>Francisco Rico</i>	199
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL	
<i>Julián Martín Abad</i>	221
«LA LOCURA CONTAGIOSA»	283
BIBLIOGRAFÍA CITADA	
DE JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH	299
BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA	303

PRESENTACIÓN

Poco, poquísimos eco ha tenido el segundo centenario del nacimiento de don Juan Bautista Eugenio Hartzenbusch en 1806. Aparte una sesión de homenaje en la Biblioteca Nacional, a la que con tanta aplicación había servido, y amén de algún ligero artículo de prensa, sólo la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales parece haber tomado nota de la efeméride y atendido a recordarla: concretamente, confiando al Centro para la Edición de los Clásicos Españoles la coordinación del presente volumen. Ya que no en los escenarios, la producción dramática del autor madrileño sigue aún relativamente viva en el ámbito de la historia literaria. Pero en su personalidad hay muchas otras facetas que lo convierten en uno de los más representativos hombres de letras de la España decimonónica y que sin embargo apenas han sido objeto de estudio o no lo han sido en absoluto.

La vida de Hartzenbusch estuvo marcada por la sobriedad, el continuo trabajo y el sentido del deber. En la junta pública de la Real Academia Española celebrada tras su muerte, Manuel Tamayo y Baus evocaba estas condiciones con las siguientes palabras:

Fue Hartzenbusch de pequeño cuerpo y de semblante muy expresivo; humilde en su porte; de costumbres sencillas; nada aficionado a los placeres tumultuosos del mundo; grave y formal, aunque no adusto ni severo; propenso a manifestar con risa momentánea, que a menudo parecía fenómeno meramente físico, muy diversos movimientos del ánimo; prudente y comedido; parco en el habla; siempre igual a su manera de producirse; ordenado y metódico; dócil y sosegado, más por hábito que por temperamento; alguna vez en la

disputa o controversia, tenaz y vehementísimo; tan memorioso, que era índice vivo de todos nuestros clásicos; tan ingenioso, que no tuvo contrario mayor que la excesiva sutileza; amigo de disculpar y defender errores gramaticales o lingüísticos en que él no incurría jamás; pródigo de su erudición en bien de los menesterosos; héroe de paciencia con los aprendices de literato; caritativo encomiador de lo mediano o baladí; mudo para la propia alabanza; exacto cumplidor de todas sus obligaciones.

Su contribución a la cultura del país en un momento en que las circunstancias históricas no eran demasiado favorables abarca un amplio abanico de actividades. El teatro le deparó muchas alegrías —sobre todo, el triunfo merecido de *Los amantes de Teruel*—, pero también serios disgustos. Dominó el arte de versificar, aunque su poesía no revelase la intensidad lírica ni la penetración de algunos de sus contemporáneos. No obstante, renovó con sus fábulas el cultivo del género en España. Probó suerte con el artículo de costumbres y escribió un puñado no desdeñable de cuentos, algunos de notable interés. Tras las versiones de obras dramáticas francesas que realizó de joven, se aplicó con solicitud a la traducción de poetas y fabulistas alemanes, interesado como estaba en mejorar los lazos culturales entre España y Alemania.

Como erudito, fue uno de los principales protagonistas en la restauración del teatro clásico español, y, siguiendo el camino iniciado por Agustín Durán en la empresa romántica de recuperación de la literatura y del pasado nacional, se concentró primero en la edición de Tirso, Lope, Calderón y otros grandes autores. Su entusiasmo se volcó después en Cervantes, y sus ediciones marcan época en la historia textual del *Quijote*. El alcalaíno y su obra fueron también protagonistas de algunas de sus obras literarias, en particular en el cuento «La locura contagiosa» —que se edita como apéndice en este volumen—, y en varias composiciones poéticas. Durante treinta años, su vinculación a la Biblioteca Nacional fue larga, firme

y entregada; inicialmente como oficial primero, luego como bibliotecario primero, por fin como director.

Hemos recogido aquí aportaciones críticas sobre buena parte de los quehaceres de Hartzenbusch con el ánimo de subrayar el puesto destacado que le corresponde en la historia intelectual de nuestro siglo XIX. A su teatro se le ha dedicado sólo el ensayo de conjunto que abre el volumen, porque, siendo ése el aspecto más conocido de su producción, hemos preferido destinar el espacio disponible a explorar otros menos abordados hasta la fecha. Todo ello con el designio de completar la perspectiva crítica y esbozar un retrato más justo y cabal de don Juan Eugenio Hartzenbusch.

MONTSERRAT AMORES

*Centro para la Edición de los Clásicos Españoles
y Universidad Autónoma de Barcelona*